

RETRATO PERSONAL DEL DR. D. LUCAS BERMUDO FERNÁNDEZ

Discurso pronunciado por el

**Ilmo. Dr. D. José Antonio Durán Quintana en la Sesión Necrológica
en memoria del Ilmo. Dr. Lucas Bermudo Fernández**

que tuvo lugar en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Sevilla
el día 16 de octubre de 2014.

A Marco Terencio Varrón le encargó Julio César la dirección de las bibliotecas públicas de Roma. Lo hizo porque conocía sus numerosos escritos y sabía de su vastísima cultura. Terencio Varrón es el autor de una frase que condensa de forma sabia y ejemplar la manera de entender el servir a los conciudadanos. La frase (*onus est honos, qui sustinet rem publicam*), en traducción libre viene a significar que “un cargo es una carga”. Por mi parte, añado que un encargo también lo es.

Yerra absolutamente, es decir, sin pizca alguna de acierto quien interprete lo que acabo de decir como falta de interés por el encargo que he recibido de glosar la figura de nuestro compañero académico D. Lucas Bermudo Fernández. La carga no es por la tarea en sí, sino por su componente emocional. Entre otras razones porque tengo la sospecha que este acto le produciría a mi amigo Lucas algo de dentera, como la produce oír el chirrido de una tiza sobre la pizarra. Eso de ser protagonista nunca fue lo suyo.

Pero una cosa es la opinión del bueno de Lucas, y otra bien distinta la justicia académica. Hace pocos meses que la muerte le metió su pitón astifino para llevárselo de este mundo, pero no ha podido impedir que la memoria de su bonhomía siga flotando evanescente entre quienes lo conocimos. Ahora, este acto académico quiere cuajar públicamente ese recuerdo.

Abrumado aún por la responsabilidad de la tarea encomendada, quiero mostrar mi agradecimiento a la esposa e hijos del Dr. Bermudo, así como a la Junta Directiva de la Academia, por acordarse de mí persona para mostrarles el perfil más íntimo del compañero y amigo desaparecido. Asumir tal responsabilidad es compatible con reconocer el honor que ello supone.

Y ahora ya es hora de meterme en harina ¿Cómo dibujar ese perfil? ¿Cuál es el modo mejor de mostrar a quien pocos compañeros conocían en profundidad, pese a llevar 41 años de Académico de Número? ¿Cómo penetrar con veracidad y afecto en el personaje? Quiero decir siendo simultáneamente fiel a la verdad, sin caer en el elogio innecesario ni en el encubrimiento de sus insuficiencias. He optado por diseccionar y aislar

para ustedes una serie de trazos definatorios de su personalidad, los que considero les eran más propios. Dejo para cada oyente el integrarlos mentalmente, y así obtener una figura única que lo retrate.

La primera pincelada sobre el hipotético lienzo en blanco en que pretendo plasmar al Dr. Bermudo corresponde a la *generosidad*. Esta primacía no es una decisión caprichosa ni debida al azar, sino obligada al estar referida específicamente a la generosidad académica de quien hoy recordamos. Verán: la actitud de cada académico ante esta Institución es absolutamente personal y libremente elegida, pero en el conjunto es posible distinguir varios tipos. El Dr. Bermudo estaría incluido en el de aquellos académicos en los que predomina el desprendimiento. Dicho de otra manera, el de los que dan sin esperar recibir nada a cambio. Los académicos así etiquetados no calculan los beneficios que podría reportarles su contribución a la Academia. Siempre que esta requiera su aportación, allí están sin prejuzgar ni exigir. Si quieren una muestra de lo que digo, les recuerdo que hace unos años el entonces Presidente (Dr. Sánchez de la Cuesta) le pidió que fuera Secretario General. Durante el período de tiempo que desempeñó esta labor se volcó en ella, demostró su eficiencia y, como los buenos árbitros deportivos, consiguió que no se notara su buen hacer. ¡Ah, se me olvidaba! Tampoco medró.

El *desapego de la mundanidad* es el siguiente rasgo fuerte de la personalidad del Dr. Bermudo que voy a comentar. Entendiendo por mundanidad esa mescolanza de búsqueda del reconocimiento social, afán de mejora económica y deseos de progresar profesionalmente. Anhelos legítimos, presentes en porcentajes variables en todas las personas, que si faltan hacen que la vida pierda sabor. Como es lógico también formaban parte del horizonte de nuestro recordado académico, pero en la cantidad y proporción adecuadas. Por eso mismo aspiró y luchó por ocupar el mejor puesto posible en la sociedad, y a fe que lo consiguió. El matiz diferenciador en él estriba en que siempre supo que ese combate le venía impuesto desde fuera, desde sus circunstancias. Era consciente que esos objetivos mundanos no constituían la meta, ni el motor de su existencia. Por supuesto que sentía satisfacción y alegría cuando aparecían los triunfos y los reconocimientos, pero sabía que podía ser igualmente feliz sin ellos. Este posicionamiento existencial lo situó en las antípodas de la vanidad durante toda su trayectoria vital. Claro que conocía sus méritos, pero nunca se vanaglorió de ellos ni permitió que desbordaran su estilo personal. Para él, los triunfos que abren la puerta de la mundanidad eran una ocupación antes que una preocupación.

En gran parte relacionado con lo que acabo de comentar se sitúa otro aspecto descollante del académico Lucas Bermudo. Me refiero a su *autenticidad*. Se evidenciaba por la transparencia en todas las actividades que desarrolló. Como él *era* coincidía milimétricamente con lo que *parecía* a los demás. Su *yo interno*, la parte escondida de su intimidad, se evidenciaba sin veladuras en su *yo exterior*. Entre uno y otro *yo* había un amplio y siempre permeable pasillo de comunicación. No existía una fachada que ocultara características que quisiera guardar en los arcanos de su personalidad. He sido testigo de las dificultades que le causaba ser tan auténtico. Si alguien le reprochaba no

acomodarse a una petición, y le coaccionaba para que cambiara, el Dr. Bermudo zanjaba la cuestión con una respuesta a la par candorosa y demoledora. Decía: *Lo siento, pero ya he comprometido mi palabra*. Por otro lado, su autenticidad le llevaba a no establecer barreras con las personas de su entorno, lo mismo con los superiores que con los subordinados. Para expresarlo coloquialmente, no era nada *estirado*. Por eso precisamente, tomando prestado el verso machadiano, todos los que le conocíamos podíamos decir que era, *en el buen sentido de la palabra, bueno*¹.

D. Lucas Bermudo presentaba en alto grado otra característica personal: su *fiabilidad*. Reparen que no me refiero a que fuera hombre confiado, sino que se podía confiar en él. A propósito de esto recuerdo con nitidez lo que leí hace muchos años en las Memorias de Julián Marías². Desgranando su pasado contaba el filósofo su amistad fraterna con un natural de Soria llamado Helio Carpintero. En cierta ocasión le pidió Marías a una experta grafóloga su opinión sobre el amigo basándose en su escritura. Tras estudiarla un rato la experta concluyó: *A este hombre se le puede confiar cualquier cosa: dinero, un secreto, un hijo...o una hija*. Pues ese exactamente fue mi pensamiento cuando estaba redactando esta semblanza del Dr. Lucas Bermudo.

Dije al comienzo de mi intervención que siempre fue escaso el afán de protagonismo del Dr. Bermudo. Los no avisados lo explicarán por su timidez, que ciertamente la presentaba, pero se me antoja insuficiente motivo. Me inclino a pensar que la razón genuina era su *humildad*. Una característica de la que era muy consciente, y que asumía con equidad y naturalidad. Les mostraré un par de ejemplos de esta actitud. El primero es su sencilla esquila mortuoria, en la que se le recordaba solamente como médico ilustre (omitiendo cualquier otro mérito o distinción). Segundo ejemplo, el nulo esfuerzo que hacía para ser conocido por sus compañeros académicos. Me atrevo a creer que la mayoría no tenía idea de su extenso *curriculum*, su antigüedad académica (cuando falleció era el Numerario más antiguo), o los cargos que desempeñó. Esa humildad no le llevó a minusvalorar los méritos que acumulaba, pero en ningún caso los pregonó ni se ensoberbeció por ellos. Tenía conciencia que lo que consiguió, esfuerzo personal aparte, se fundamentaba en los talentos que recibió al nacer. Talentos que, como buen cristiano, devolvió multiplicados.

Este último comentario me sirve para poner pie en el estribo del final de mis palabras. Acabo de decir que D. Lucas Bermudo era un hombre creyente. Como tal espero y deseo esté gozando de la presencia de Dios, en compañía de sus seres queridos que le precedieron. Su mujer, hijos y familiares han perdido al esposo, padre y pariente dador de afecto. La Academia se ha visto privada de un académico nimbado de excelencia. Sus amigos nos hemos quedado huérfanos de su lealtad y bondad. Descanse en paz.

¹ Machado, Manuel y Antonio. *Obras completas. Campos de Castilla: Retrato*. Madrid: Editorial Plenitud; 1962, p. 733.

² Marías J. *Una vida presente. Memorias 3*. Madrid: Alianza Editorial; 1989, p. 141.